

1 Un niño en San Sebastián

Yo ceno a las siete. Después de la cena me consagro a la lectura. Tiempo atrás hacía una excepción los jueves, debido a que dicho día de la semana, a lo largo de once meses, mantuve la costumbre de visitar al Viejo. Nos acomodábamos en un ático donde se albergaba su copiosa biblioteca. Hasta que él se fue a vivir a otra ciudad por un problema grave en la estructura de su casa, nos dedicábamos a conversar por espacio de dos o tres horas sobre escritores, libros y asuntos culturales en general. De paso compartíamos alguna que otra botella de buen vino.

El Viejo se definía como un disfrutador. Mi oficio, disfrutar serenamente; mi filosofía, cualquiera que postule el disfrute sereno, afirmaba. Sólo admitía como tales los placeres compatibles con el ejercicio de la inteligencia, aquellos que no le alteraban el sueño y a los que él, al revés de lo que sucede con las adicciones, podía poner fin a voluntad.

La primera vez que lo visité me dijo que poseía una bodega de alrededor de ciento cincuenta botellas de vino selecto. Mientras me la mostraba en compañía de su asistente, me hizo un recuento minucioso de las maravillas líquidas repartidas por los botelleros. El Viejo juzgaba improbable que lo autorizaran a cruzar con semejante cargamento la frontera del más allá. A sus setenta y nueve años, seguro de estar agotando el cupo de sus días, creía llegada la hora de vaciar por vía oral la estupenda colección de caldos y me pidió, al poco de conocernos, que lo ayu-

dara en la tarea. Con tan eficaz señuelo me atrajo a su casa, si bien lo que motivaba principalmente nuestros periódicos encuentros era la compartida pasión por la literatura. Debo, no obstante, añadir que, en lo que a mí respecta, el vino no estaba de más.

Manifestó curiosidad por saber cómo había surgido en mí la vocación de escritor, conjeturando que quizá me había predisposto a ello el ambiente familiar, de la misma manera que a tantos otros la presencia en casa de una biblioteca los había empujado a tomarles afición a los libros a edad temprana.

Le dije que, si atendemos a la suerte que solía corresponderles a los de mi clase social por los tiempos en que fui joven, es raro que yo no haya terminado desempeñando algún oficio que requiriese maña pero no cultura. El destino debió de cometer un despiste al ocuparse de mí.

El Viejo se interesó entonces por mi infancia y, como tenía hecho trato con él de expresarle por escrito, sin los inconvenientes de la improvisación, mi idea particular de tantas cosas relacionadas con mis actividades literarias, le prometí que el jueves siguiente traería escrito un texto sobre la cuestión. Y tal como se lo prometí, lo hice. Se lo leí en voz alta porque andaba él desde hacía un par de años mal de la vista, y este es el texto:

Nací en la maternidad de la villa San José, en el barrio de Ategorrieta de San Sebastián. El vocablo *villa* acaso evoque sonoridades de alta alcurnia, pero lo cierto es que el centro estaba asignado al Seguro Obligatorio de Enfermedad. Mi madre, que muchos años después no recordaba dónde me había dado a luz, decía que en un sitio con monjas donde no había que pagar.

La fecha de mi nacimiento fue el 4 de enero de 1959, domingo, a las tres de la tarde. El azar me hizo paisano de personas que consideran una especie de privilegio estar domiciliado en la susodicha ciudad. La bahía, las playas, la comida..., dicen.

Quizá de niño también me rozó el orgullo localista. En todo caso se trataba de un orgullo asumido sin mucho convencimiento, más que nada por contagio de algunos que lo sentían con fuerza. En cuanto a la época, asentada y victoriosa la dictadura del general Franco, para la gente de mi condición (vivíamos del sueldo de mi padre, obrero fabril) no me parece ni privilegiada ni digna de suscitar orgullo.

Lo que sí me gustó y me sigue gustando, como a Pío Baroja, es haber nacido cerca del mar. Me sorprende que él hable en sus memorias de augurios de cambio en relación con el paisaje marino. Se me figura a mí que cam-

bian las ciudades, los campos sometidos a la acción humana, y que los habitantes de todo eso, con el tiempo, también son distintos. Pero el mar, por mucha ola que vaya y venga y por mucho barco que lo surque, es siempre el mismo. Al menos esa es la impresión que yo tengo en cada uno de mis regresos. Adoptando la debida perspectiva uno puede ver exactamente lo que veía de niño y lo que vieron nuestros antepasados. Tierra adentro, excepción hecha de los astros, esto ya resulta más difícil.

A mí el mar me servía de orientación. De joven viví por espacio de tres años en Zaragoza. Nunca dominé la ciudad. Hasta el último día necesité de un plano para llegarme con éxito a ciertos lugares. Hoy vivo en Hannóver y me ocurre lo mismo. En San Sebastián ni siquiera siendo niño pequeño me perdía. Cualquier rincón, por escondido que estuviera, ocupaba un sitio con respecto al mar. Podrían haberme soltado con tres o cuatro años en un punto para mí desconocido de la ciudad y habría vuelto solo a casa.

El mar era también un olor agradable que se respira por las calles. Era baños y fútbol playero. Era pesca con caña, paseos en bote y la prueba (aquí le doy la razón a Baroja) de que el mundo contiene hartas más cosas de las que le ofrece a uno la rutina diaria. El mar parece invitarnos a no aceptar ataduras, a descubrir tierras remotas y perder de vista los semblantes y las costumbres de siempre. Implica, es cierto, una idea particular de la libertad.

Toda mi infancia y gran parte de mi juventud transcurrieron en un barrio humilde de las afueras, de esos que no salen nunca en las postales. Las ventanas de mi casa daban directamente al campo. Con frecuencia, acodado en el antepecho, me entretenía mirando al casero

segar la hierba con su guadaña. El casero, en los días de lluvia, llevaba un saco puesto a modo de capucha sobre la cabeza. Cargaba la hierba en un carro tirado por un burro al que arreaba unos palazos de miedo.

En mi novela *Años lentos* figura esta breve descripción del lugar: «Allí, en una explanada entre colinas, se apiñaban unas casas blancas, de hasta tres pisos las más grandes, que respondían al nombre de grupo Zumalacárregui y formaban parte del barrio de Ibaeta. Eran viviendas de gente proletaria construidas años atrás bajo los auspicios de la Obra Sindical del Hogar y Arquitectura. Cosa del régimen de Franco, pues, como lo confirmaba una placa de cemento a la entrada del barrio, donde campeaba el símbolo del yugo y las flechas».

El barrio rebosaba de niños. No era insólito formar equipos de fútbol de veinte contra veinte. Se jugaba en cualquier espacio libre alrededor de las casas, a veces usando los postes de los tendedores como porterías. Con frecuencia reventaba un cristal o saltaba una maceta por los aires como consecuencia de un balonazo; a continuación salía una vecina a dar gritos y se armaba un revuelo de mil pares, en ocasiones con intervención acalorada de los adultos. El casero, cuando le caía el balón en la huerta, se lo quedaba. En el fondo era un cobardica. Cuando se le acercaba con pasos resueltos el padre de cualquiera de los niños, refunfuñaba en defectuosa lengua castellana y soltaba el balón.

Las niñas se arracimaban por así decir en los márgenes. Formaban igualmente un enjambre populoso. Hasta bien entrada la década de los sesenta poca gente tenía televisor. Se conoce que muchos matrimonios, a falta de otras diversiones y de la píldora anticonceptiva, se dedi-

caban con sostenido empeño al aumento de la población. Había casos de familias numerosas que vivían con ostensible estrechez. Otros, mejor o peor, comíamos a diario y nos bañábamos una vez a la semana.

De niño uno entraba en multitud de casas ajenas, especialmente en aquellas donde moraban los compañeros de juego. También en otras donde vivía gente con la que la propia familia se llevaba bien. No recuerdo un solo piso donde hubiera una biblioteca. En vano busco en mi memoria las notas de un piano pulsado por los dedos de un aprendiz. El trabajo determinaba los modos de vida. Había un deseo común de esforzarse para que los hijos crecieran sanos y fuertes, y de mayores lo tuvieran más fácil en la vida. El nivel cultural medio de los habitantes del barrio era bajo. Nos reíamos de una vecina que decía *con ti, con mí*; pero lo cierto es que la gramática no sufría quebrantos menores en nuestras bocas.

No he olvidado el día en que fuimos mi madre y yo a llevarle no sé qué a mi padre a la fábrica. Por entonces, en lo que dio en llamarse *años del desarrollismo*, había mucho trabajo. Mi padre era operario en Artes Gráficas Valverde, que por aquellos tiempos se albergaba en un edificio del barrio de Gros. Operario suena menos crudo que obrero, pero es lo mismo. Con frecuencia metía horas extraordinarias y los sábados traía a casa el sobre, como denominábamos entre nosotros a sus ingresos. Lo entregaba intacto a mi madre para que ella administrase el contenido. En cierta ocasión, a mi madre se lo robaron. Estando en el Bulevar con mi hermana alguien le dio el típico achuchón, introdujo subrepticamente la mano en su bolso y le birló el sueldo completo. Yo aún no había nacido. Para mi padre el hurto supuso una semana de trabajo en vano, con jorna-

das que a menudo se alargaban hasta las doce horas. Compensó la pérdida renunciando a las vacaciones. Para el resto de la familia aquello fue como quedarse sin suelo bajo los pies.

Visitamos, como decía, a mi padre en la fábrica. Y allí estaba él, en un sótano oscuro, con su mono de trabajo y el agua hasta los tobillos, ya que por lo visto acababa de producirse la rotura de una tubería. A su lado, una máquina de grandes proporciones producía un ruido infernal, un chaca-chaca continuo que castigaba sin piedad los tímpanos. Hasta la entrada, desde donde le hablábamos, trascendía un olor penetrante a resmas de papel, a tinta y moho, y yo, que no tendría más de seis o siete años, me grabé bien grabada en la memoria aquella imagen que comportaba una lección. Mi padre, que era un hombre bondadoso, dotado de un gran sentido del humor y de una generosidad sin límites, me aportó el mejor ejemplo posible de lo que a toda costa convenía evitar en la vida.

Con los medios escasos de que disponíamos aún me cuesta creer que años más tarde me fuera dado esquivar la suerte a que, por mi nacimiento humilde, estaba probablemente destinado. A mí me sacaron del pozo los libros y el estudio del idioma. No tardé en aprender dos cosas: una, a no fiarme de los señoritos revolucionarios que viven como reyes y lavan su mala conciencia disfrazándose, cuando lo pide la ocasión, con monos de trabajo; y dos, que en cualquier modelo de sociedad el hombre sin cultura se lleva siempre la peor parte, si es que se lleva algo.

Va para media docena de años que saludé en un bar de San Sebastián a un viejo conocido de la infancia, convertido en un señor respetable con hijos y canas. «Los chavales de nuestra edad», le dije en un momento de la

conversación, «éramos bastante salvajes.» Me corrigió sin vacilar: «Muy salvajes». Le mostré una cicatriz. Podía haberle mostrado otra, pero el lugar donde nos hallábamos no me pareció a propósito para subirme la pernera de los pantalones. Él me mostró una de sus marcas. Se acordaba sin rencor de quien se la había hecho.

Nos pasábamos el día en la calle, lo mismo si llovía como si no. A poca distancia empezaba el monte con sus castaños, sus cerezos, sus manzanos, sobre los que, llegado el tiempo de la fruta, caíamos como bandadas de langostas. Nos gustaba construir cabañas con troncos y ramas, y fumar allí a escondidas y simular que vivíamos como en los tiempos prehistóricos, independientes de nuestros padres.

Me veo una y otra vez con las piernas arañadas, con postillas en los codos, con los brazos ortigados. Una vez que volví a casa cubierto de barro, mi madre me regañó. Un tío mío, navarro, que estaba de visita y era padre de un hijo con una deficiencia grave en el corazón, la paró en seco: «¡Eso es salud!», repetía poseído de un violento sofoco. Mi madre hubo de admitir que su hermano tenía razón. Me recuerdo raras veces enfermo. Magullado sí, cada dos por tres, siempre delgado, siempre en movimiento, como el resto de la chiquillería. En el barrio se podían contar con los dedos de una mano el número de niños obesos.

Había una fascinación entre los chavales por la confección y uso de armas. En primera línea, los tiragomas. Quien sabía hacerlos se sentaba en el centro del corro y los demás aprendíamos por imitación. Los tiragomas se usaban para cazar pájaros, romper botellas, tumbar latas viejas. Las guerras a pedradas se despachaban a pelo. Con-

feccionábamos asimismo lanzas y arcos con palos de ave-llano, así como espadas con cualquier material. Abundaban las pistolas de juguete. El equipo de vaquero se completaba con las correspondientes cartuchera y cinturón, y quien se lo podía permitir, con un sombrero.

Las pedreas eran tremendas. De cuando en cuando juntábamos piedras en lo que más tarde sería el frente de batalla. Reunida la munición, dábamos la vuelta al barrio salmodiando: «¿Quién quiere guerra?», y si nadie la quería la provocábamos arrojando los primeros proyectiles a las otras pandillas. La cosa bien podía terminar con algún que otro punto de sutura. Tengo muy presente el sonido, la sensación del impacto y el dolor, acompañado de una especie de estallido dentro del cerebro, cuando a uno le daban una pedrada. En los días posteriores se ajustaban en privado las cuentas pendientes de la manera que se deja imaginar.

De vez en cuando, una secuencia de sonidos interrumpía los juegos, las peleas, las conversaciones, y originaba una veloz riolada de niños y mayores hacia el borde del barrio, por donde transcurría la carretera nacional 1 Madrid-Irún. Me refiero al chirrido de neumáticos y al subsiguiente estruendo de cristales y carrocerías destrozados. Menudeaban los accidentes de tráfico. Recuerdo uno horripilante, un domingo por la tarde, en el que murieron dentro de un coche tres vecinos del cercano barrio de Añorga. La gente que se había acercado a ayudar metía los cuerpos en vehículos particulares con la idea, supongo, de que los llevaran sin pérdida de tiempo al hospital. Un día, a la vuelta del colegio, vi en el asfalto un cuerpo cubierto con una manta. Decían que era una chica empleada en la fábrica de chocolate Suchard.

A mi padre le tocó en el 66. Venía un sábado por la noche con su moto de la sociedad gastronómica, bastante nublado de alcohol; avanzó hasta media carretera, donde había una franja estrecha para detenerse; vio venir dos faros a lo lejos y resultó que no estaban tan lejos como él pensaba. El coche, de matrícula francesa, lo arrolló. Ahí terminaba su recuerdo. Estuvo nueve meses de baja en el hospital. Le salvaron la pierna, pero cojeó hasta el final de sus días.

Tres años después me tocó a mí. Una mañana temprano, camino del colegio en compañía de un primo mío, íbamos hablando, no me fijé y, en lo que luego, en mis pesadillas nocturnas, habría de parecerme un largo, interminable segundo, di de bruces contra el asfalto. El conductor me sacó de debajo de su Renault Ondine. Menos mal que iba despacio. Se me torció el tabique nasal y me quedó partido un incisivo. El dentista me limó el diente roto y los dos contiguos para que se notara menos la melladura. Aún recuerdo el olor a quemado. Como aguanté sin llorar, al final me obsequió con una moneda de cinco duros.

Entrada la década de los setenta, llegaron las excavadoras y los camiones volquetes. En pocas semanas fue allanada una porción considerable del monte. Las ruidosas máquinas trabajaban también de noche. Las moles de roca eran reventadas con barrenos. Es difícil que en la memoria de los vecinos se haya borrado la tarde en que una lluvia de piedras cayó sobre las casas, causando enormes destrozos en las fachadas. Yo estaba, como de costumbre, con otros chavales mirando la zona de la explosión a menos de cien metros. No quiero ni pensar qué habría ocurrido si el grueso de piedras hubiera salido des-

pedido en dirección al grupo de curiosos del que yo formaba parte.

En el 74 ya teníamos frente a la ventana la autopista Bilbao-Behobia, que transcurría por donde tiempo atrás se extendían prados, arboledas y caminos rurales. Por el lado opuesto, el espacio natural que nos separaba del casco urbano se fue cuajando de edificios (de niños no decíamos «vamos al centro», sino «vamos a San Sebastián»). La ciudad terminó creciendo en torno a nuestro barrio. A pesar de tragárselo, en la actualidad este permanece como entonces, aunque con otro nombre y otros vecinos.

Poco antes de los días del desmonte, llegué a casa con un ejemplar del *Lazarillo de Tormes*, en edición económica de la colección Austral, el primer libro que leí en mi vida. Lo tuve que leer por imposición del fraile agustino que impartía las clases de Lengua y Literatura en el colegio Santa Rita, del barrio de El Antiguo, al que yo acudía. Con el tiempo me aficioné a la lectura. Leyendo libros me fui habituando a la serenidad y el recogimiento; pero esto, me parece, es el comienzo de otra historia, de una historia que pone fin a la infancia y dura aproximadamente lo que suele durar la vida de un hombre, según me han dicho.